

Zygmunt Bauman (2010). *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.

Lukas Romero-Wenz<sup>a</sup>

Este libro de Bauman es un compendio de tres ensayos en torno a la problemática de la convivencia con extranjeros en las ciudades actuales, dentro del contexto de la globalización. En los tres se trata el tema del miedo a la diferencia, así como el reto que supone superar ese miedo al diferente (*mixofobia*), fomentando la actitud de fascinación que toda diferencia produce junto a dicho miedo (*mixofilia*). Bauman hablará de crear espacios de encuentro que reviertan la tendencia actual de encerrarse en *ghettos* de “iguales”, tendencia provocada por el miedo a la diferencia pero que actúa como círculo vicioso, retroalimentando el temor que el extranjero produce. Todo el libro gira en torno a identificar las causas del temor al extraño, así como la necesidad de abrir el

diálogo y descubrir la riqueza del encuentro con el otro, con el diferente.

Su primer ensayo es el que da el nombre principal al trabajo: “Confianza y temor en la ciudad”. En él, Bauman parte de constatar que el sufrimiento del ser humano, y la inseguridad que el anuncio de este provoca, tiene causas naturales (la supremacía de la naturaleza y la propia mortalidad), pero también sociales (la insuficiencia de nuestros métodos sociales para regular las relaciones humanas). Estas últimas causas, aparentemente más susceptibles de modificación que las naturales, devienen en inseguridad y en un esfuerzo por protegernos de los efectos adversos de vivir en sociedad.

Vivir en sociedad, en definitiva, con otros, es vivir en un entorno impredecible.

<sup>a</sup> Personal Investigador en Formación (PIF) con beca ACIF (Fondos Sociales Europeos) concedida por la Generalitat Valenciana.

E-mail: lukas.romero@uv.es



Y esto sobre todo a partir de la modernidad, en la que la idea de autonomía individual se sumó al debilitamiento de las relaciones sociales que existían y proporcionaban seguridad en la Edad Media. En la transición a la modernidad, el mundo del individualismo dejó desprotegidos a los no poderosos. El individuo moderno sustituyó los lazos sociales premodernos por otros constructos, como la asistencia social del Estado o los sindicatos, con la idea de protegerse. Pero al llegar la globalización estas instituciones se vuelven ineficaces, por ser locales. La xenofobia surge precisamente como reacción defensiva que busca mantener esa protección social del modelo de estado asistencial, y cuya viabilidad el inmigrante amenaza.

Junto a eso, Bauman nos habla del regreso de las clases peligrosas. La clase peligrosa original la constituyeron los sectores que, en la Revolución Industrial, se volvieron obsoletos y quedaron fuera del sistema económico. Eran masas de gente “por integrar”. La actual clase peligrosa, en cambio, son masas de gente declarada inadmisibles. No están por integrar, sino que son superfluos. La primera clase peligrosa se veía con carácter transitorio, eran desempleados, es decir, que por una coyuntura no tenían empleo por un tiempo. La nueva clase peligrosa, los desempleados, están a un paso de caer en ser “desclasados” (*underclass*), que son quienes están excluidos de forma irrevocable.

Dando un paso más en el análisis de la ciudad, Bauman señala que las actuales ciudades se dividen en dos estamentos: el superior son los privilegiados, dueños del ciberespacio y con vínculos débiles con el territorio en que habitan. Están allí, pero no “son de ahí”. El estamento inferior es exactamente el contrario: el de quienes no tienen más remedio que arraigarse porque están fuera de esa red mundial de comunicaciones. Sin embargo, estos dos mundos no son estancos. Muchas cuestiones locales provienen de problemas de la globalización. Así, las ciudades tienen el reto de dar soluciones locales a problemas globales: las cuestiones de contaminación o amenazas de terrorismo son ejemplos de ello. La relación con el propio territorio, aunque pueda ser más laxa en los estamentos superiores, nunca desaparece.

Las ciudades son, en este sentido, vertederos de problemas globales, a los que se ha de buscar soluciones locales. Y a esto se añade otra problemática: las ciudades están repletas de desconocidos que conviven, lo cual añade una enorme incertidumbre a las relaciones sociales. Ante esa incertidumbre, aparece la tendencia que Bauman va a criticar fuertemente: los privilegiados, los “dueños del ciberespacio”, que no podían desvincularse completamente de su ciudad, crean barrios vallados y vigilados para no tener que encontrarse con el diferente. El urbanismo de la seguridad también se extiende por los edificios y zonas públi-



cas: la tendencia es a crear espacios no acogedores, pensados para ahuyentar a los intrusos o evitar que se detengan.

Bauman explica que esas tendencias arquitectónicas y urbanísticas son manifestaciones de *mixofobia*, de miedo a mezclarse con las personas diferentes de las ciudades globalizadas, buscando el encuentro exclusivamente con los iguales. Esto es pernicioso porque, en la medida que se desaprenden las habilidades de convivencia, se hace más difícil estar con el diferente, lo cual aumenta el miedo y agudiza la búsqueda de espacios “seguros”, generando un círculo vicioso. Para romperlo es necesario fomentar la *mixofilia*. Lo extraño y diferente no solo genera miedo, sino también fascinación. Las ciudades globalizadas no solo repelen por su variedad, sino que implica, además, atracción. Bauman concluye el ensayo sugiriendo un urbanismo que apueste por “espacios de encuentro” hospitalarios con todos, que hagan que los diferentes se encuentren y aprendan recíprocamente. Así, conociéndose y comprendiéndose, se puede convivir y permitir que el impulso mixofílico venza al mixofóbico.

El segundo ensayo es “En busca de refugio en la caja de Pandora”. En él, Bauman comienza hablando de la seguridad: la impresión de caos del mundo globalizado ha hecho de la seguridad un negocio y un valor en alza, de tal manera que el mercado económico y el político hacen continuamente referencia a la

seguridad para lograr que se acepte lo que tienen por ofrecer.

Uno de los sitios donde históricamente se ha buscado seguridad ha sido la ciudad, que originalmente estaba fortificada precisamente para poder proporcionar dicha seguridad, para poder dividir al “amigo” del “enemigo”. Sin embargo, las ciudades acogen tal cantidad de personas que, lejos de proteger de los peligros, parecen generarlos. Ya no hay “amigos dentro” y “enemigos fuera”: las ciudades están conformadas por amigos, enemigos y extranjeros misteriosos difíciles de clasificar. Bauman vuelve a hablar del barrio fortificado como la reacción más normal frente a ello: el levantamiento de una nueva muralla que vuelva a delinear los límites de “nosotros” y “ellos”, dentro de la misma ciudad. También el diseño de edificios públicos y de oficinas recuerda a fortalezas que, más que integrarse en el paisaje urbano y acoger a quien quiera pasar por ahí, parecen constituir una defensa frente a la ciudad y su proliferación de diferentes, o un lugar de paso donde no se puede uno detener. En este sentido, Bauman señala la urgencia de una institución que proteja el espacio público y lo diseñe para resultar acogedor, para que pase de verdad a ser “público” en el sentido de que acoge a todos, y no ser meramente el espacio que queda entre un local privado y otro.

Volviendo sobre los sentimientos encontrados en la diferencia, que nos



provoca a la vez atracción y repulsión, Bauman dice que el espacio público es el lugar paradigmático para dicho encuentro. Por ello puede resultar inestable, pero también es donde más fácilmente la atracción puede desbancar a la repulsión. Así, en su conclusión propone un “urbanismo integral” que refuerce la comunicación, relación y celebración, para que esa victoria de la atracción pueda darse y podamos disfrutar de la diferencia en nuestras ciudades sin que nos provoque temor.

El último ensayo, que subtítulo el libro, es “Vivir con extranjeros”, y retoma los mismos puntos que los dos anteriores, aunque con matices interesantes. El punto de partida de Bauman es la diferencia. Reflexiona en torno a la necesidad de trazar fronteras, señalando agudamente que la justificación de la frontera es la necesidad de protegerse frente a los peligros e inestabilidades, hoy en día especialmente provocados por el fenómeno de la globalización. Acotamos un lugar confortable y bajo control en medio de un mundo hostil y amenazador. Por eso, los extranjeros que deciden cruzar las fronteras sin haber sido invitados se vuelven representaciones y encarnaciones de esa amenaza.

Bauman vuelve sobre el punto, ya tratado en el ensayo primero del libro, de cómo las ciudades son vertederos de problemas globales a los que tienen que dar soluciones locales. En ese contexto, explica que uno de esos problemas es el inmigrante: aquel que, por la globaliza-

ción económica, se ve incapacitado para mantener el estilo de vida y la forma de mantenerse que heredó de sus padres, y ha de moverse para encontrar un medio de subsistir. Sin embargo, al llegar a nuestras ciudades, dichos inmigrantes se perciben y se clasifican fácilmente como “gente superflua”, inútil, gente no susceptible de ser explotada económicamente de forma rentable, y que lo mejor sería que no estuviera. La globalización económica produce beneficios a costa de hacer el sistema más racional y eficiente, pero los que no pueden adaptarse a dicho sistema son declarados superfluos. Al inicio de la modernización, cuando las formas económicas capitalistas se reducían aún a pocos lugares con respecto a la totalidad del planeta, estas personas superfluas podían emigrar a alguna zona donde poder volver a empezar. Pero esto se ha acabado al avanzar la globalización: las formas capitalistas ya no están localizadas en unos pocos lugares, produciendo gente superflua exclusivamente en ellos. Ahora están a lo largo y ancho del globo, y por todas partes producen gente superflua que se ve compelida a moverse a ciudades enormes, ciudades no exentas de su propia gente superflua.

La gente no rentable en la globalización económica entra así con facilidad en la categoría de *underclass*, desclasados (término que Bauman ya había usado en el primer ensayo). En la economía capitalista, esta gente no tiene nada que ofrecer: ni tienen trabajo ni son consu-



midores de mercancías especialmente beneficiosas; más bien consumen mercancías básicas, que requieren subsidios y ofrecen pocas ganancias.

La aparición de estos *underclass* en las ciudades es otra de las razones para la necesidad de alzar muros. Estos muros son las formas urbanísticas y arquitectónicas ya comentadas y denunciadas en los ensayos anteriores: formas de urbanismo y arquitectura pensadas para proporcionar una burbuja de iguales con barrios cercados y urbanismo hostil en vez de hospitalario. Bauman vuelve a señalar esta tendencia urbanística como manifestación de la mixofobia, y señala la ciudad como un campo de batalla donde se enfrentan dos sentimientos encontrados: mixofilia y mixofobia. Así, defiende un urbanismo que alimente los sentimientos mixófilos, de fascinación por la diferencia, y desaliente los mixófobos. Y termina indicando la importancia de que las ciudades sean un laboratorio donde todos podamos aprender y entrenar, en el trato diario con nuestros conciudadanos, las actitudes y virtudes que nos permitan convivir en este mundo globalizado, respetando e incluso celebrando las diferencias.

Ya al final del libro, Bauman señala que la diferencia entre el hombre y el animal consiste precisamente en la compasión y la ayuda que nos brindamos los unos a los otros. En la sociedad, al contrario que en el rebaño, sostenemos a los “inservibles” y les ayudamos a vivir. Bauman considera, y no podría estar más de acuerdo, que trasladar al ámbito de la globalización esas actitudes compasivas es una tarea urgente, empezando por entrenar la convivencia en nuestra casa, nuestra ciudad, ahora mismo. Algo que yo añadiría a las palabras de Bauman es que no solo el urbanismo debe cambiar para generar ese espacio hospitalario en las ciudades: también la economía debería ser revisada para evitar que, en el nombre de la eficiencia económica, se pueda clasificar a un solo ser humano como superfluo. Una mayor eficiencia económica no es útil si lo que genera es beneficio para algunos y marginación para otros. La necesidad de transformar el urbanismo para volver la ciudad acogedora se me sugiere paralela a la necesidad de redefinir la economía para que también esta resulte acogedora con todo el mundo, de tal manera que se le prive de la posibilidad de generar desclasados.

